

y antitusígenos se aumenta la peligrosidad de la enfermedad en la lactancia y también más adelante. Los ataques perderán frecuencia y también fuerza, intensidad, la mucosidad quedará más fácilmente en el pulmón, pudiendo llegar hasta la pulmonía y falta de oxígeno en el cerebro. Frente a esto, un tratamiento medicamentoso acompañante, tal como lo practican desde hace 60 años los médicos de orientación antroposófica —en parte adoptando probadas experiencias homeopáticas—, parece más racional y menos peligroso. De todos modos, en niños débiles habrá que contemplar la administración de antibióticos durante una pulmonía adicional. Estos medicamentos no inciden de manera alguna en la evolución de la tos convulsa. Además, no podemos influir en el curso de la enfermedad misma.

A continuación de una tos convulsa - particularmente en niños que antes de padecerla habían sido caprichosos y moderados para comer - es frecuente observar que repentinamente desarrollan un extraordinario apetito.

12. ¿Qué sentido tienen las enfermedades infantiles?

En el consultorio cada tanto se presentan interrogantes cuya respuesta requiere mucho tiempo, por la gran interrelación que ha de tenerse en cuenta. A ellos también pertenece la pregunta con respecto al sentido de cada una de las enfermedades infantiles. Una y otra vez los padres nos plantean estas preguntas, conscientes de que a este respecto existen criterios que parten del conocimiento antroposófico del hombre. Por esta razón, la deseamos satisfacer aquí con una descripción algo más detallada.

Al referirnos al organismo térmico y aéreo (compárese págs. 68 y 88) ya hemos intentado señalar la orientación en la que ha de buscarse la amplia comprensión de las interrelaciones entre procesos corporales y animales. Alguna que otra persona, al referirse a la interrelación entre la actividad del Yo y los efectos del calor, se habrá cuestionado por qué motivo los animales de sangre caliente no son capaces de desplegar tal actividad del Yo dentro del calor propio de su cuerpo. Por ejemplo un león siempre se comportará como un típico león y jamás llegará a introducir en su especie una revolución cultural, con nuevos hábitos de conducta. Si deseamos definir la actividad espiritual que nos enfrenta en la vida y el comportamiento de cada una de las especies animales, aquí sólo podremos

hablar de una "actividad grupal". Es que esta, contrariamente a la actividad del Yo del hombre individual, está determinada en elevadísima medida por el organismo, brindando sólo un escaso margen para nuestros procesos de aprendizaje y adaptación. Porque un animal no vive en condiciones —como el hombre— de pasar por un desarrollo *animal* individual. Es por ello que en él las enfermedades —si es que aparecen— por lo general conducen rápidamente a la muerte; o bien son tan letales que no afectan mayormente al animal en su vida habitual. Por esta razón, en el animal tampoco podemos hablar de un sentido o una tarea determinadas aficciones, porque el animal no está capacitado para experimentar transformaciones alguna de su vida interior. Por el contrario, el acto de reunir experiencias por el padecimiento constituye un hecho específicamente humano. Como el hombre atraviesa un creciente desarrollo personal, en él también podemos buscar el sentido de las formas individuales de aficciones que lo aquejan. Cada una de estas enfermedades concierne a otros ámbitos y procesos del organismo humano y de la esfera anímico-spiritual ligada a él.

Como complemento de lo expresado con respecto al organismo terroso y aéreo hemos de contemplar ahora la totalidad de los movimientos de líquidos (organismo hídrico) y de las tendencias de cristalización (organismos sólido o cuerpo físico). Por sí sola surge la pregunta si también estos ámbitos se encuentran compenetrados por una particular parte esencial del hombre, que todavía puede ser diferenciada del Yo y del alma. Llama la atención que no contemplémos nuestra vida particular parte esencial relacionada directamente con los movimientos líquidos y las tendencias de cristalización de nuestro organismo. Pero también sabemos que el ámbito de los líquidos tienen lugar las elementales actividades que en el del organismo. Sin agua, la vida resulta imposible. Por lo tanto, Rudolf Steiner define la totalidad de todos los procesos vitales del organismo cuidadosamente coordinados entre sí, como cuerpo vital o bien —según una definición más antigua— "cuerpo etéreo". Este cuerpo vital o bien —según el alma al aire y el Yo al calor. Más adelante nos referiremos en más detalle al modo de funcionar del cuerpo vital al describir la correlación entre actividad vital y capacidad intelectual (comparase con págs. 260). Por ejemplo, estamos ante una perturbación patológica de este ámbito cuando durante las paperas se modifica la irrigación sanguínea de la glándula saliv

dula saliv
hincharse
subcutánea
caracter
En la
ganizaci
su form
po com
nifestar
les. Ru
res que
terior,
raleza,
ca, fisi
del est
maner
Pero i
no sólo
las fur
El

dula salival y la formación de la secreción salival, y entonces aparece la hinchazón. También cuando en el sarampión aparecen edemas del tejido subcutáneo o en la rubéola los ganglios linfáticos se hinchan de manera característica.

En los componentes sólidamente estructurados del organismo, las organizaciones térmica, aérea e hídrica encuentran apoyo, como también su forma exterior. Ellos permiten que el hombre se manifieste como cuerpo constituido en sí mismo. Así como está conformado, es capaz de manifestar en mayor o menor grado sus posibilidades anímicas y espirituales. Rudolf Steiner denomina la totalidad de estos principios plasmados que responden a las tendencias de cristalización de la naturaleza exterior, como cuerpo físico o sea organismo. Así como afuera, en la naturaleza, puede observarse el sinergismo de las leyes de lo sólido (mecánica, física del estado sólido), del estado líquido (hidráulica, química, etc.), del estado gaseoso (aerodinámica) y del calor (termodinámica), de igual manera también se reencuentra este fenómeno en el organismo humano. Pero por cierto aquí las citadas correlaciones de los diferentes órdenes no sólo actúan naturalmente, sino al mismo tiempo como portadores de las funciones vitales y de aquellas de la actividad psíquica y espiritual.

El siguiente esquema ilustrará lo antedicho:

Organización del estado sólido:
proporciona forma y figura (cuerpo físico)
presencia del hombre en el espacio

Organización del estado líquido:
proporciona procesos temporales y vida (cuerpo vital)
presencia del hombre en el tiempo (desarrollo, biografía)

Organización aérea:
proporciona actividad anímica y capacidad motriz (cuerpo anímico)
manifestaciones anímicas individuales del hombre

Organización térmica:
proporciona intensidad y despliegue volitivo (organización del Yo, "espiritual")
actos del hombre como expresión de su Yo que actúa conscientemente

Como el hombre es capaz de manifestar su esencia de esta forma cu-
druple, Rudolf Steiner define estos cuatro principios de organización tam-
bién como los cuerpos suprasensibles del hombre. Tal estructuración ele-
mental permite una comprensión más diferenciada de las perturbaciones
patológicas. Por ejemplo, la hinchazón, disnea o fiebre no sólo aparecen
como síntomas molestos de enfermedad, sino al mismo tiempo también
como intento del hombre de modificar algo orgánico-esencial en sí mismo.
Consideradas de esta manera, las enfermedades son procesos que hacen
posible tal tarea. Aparecen y desaparecen como procesos independientes
que transcurren según determinadas leyes, que transitoria y depen-
dientemente de la cohesión vital del respectivo individuo a una crisis de la cual
no puede salir sin su propia actividad y esfuerzo. Observada de esta ma-
nera, toda enfermedad infantil también tiene su inicio, su culminación y
su final. La enfermedad se introduce con sus propias leyes, ajenas al or-
ganismo, en la vida física y anímica. Al desaparecer aquella, por lo gene-
ral queda como remanente una estructura de los cuerpos suprasensibles,
específicamente modificada por el tipo de enfrentamiento transcurrido.
Con este hecho está relacionada una experiencia física, profundamente
inconsciente, que en mayor o menor medida aparece en la conciencia.
Por lo tanto, las enfermedades son "figuras temporales" que inicialmente
enfrentan con hostilidad el desarrollo del hombre, cuestionando su pro-
pia figura como toda su vida propia. Allí donde hubo un intercambio aéreo
bien ordenado, al prosperar la enfermedad crepita la flema. La piel —nor-
malmente de aspecto suave y rosado— se hincha y quizás tome un intenso
color rojo. Pero cuando la enfermedad comienza a ceder, este hecho repre-
senta una "victoria" para la salud del niño, o sea un fortalecimiento. Ha
enfrentado la enfermedad, así como enfrenta antinómicamente los difíciles
procesos de aprendizaje para dominar una materia de estudio. El punto
principal de este enfrentamiento difiere entre una enfermedad y otra. Ha
las afecciones intensamente febriles es sobre todo el Yo, en su propio ca-
lor, el que se inserta por la fuerza en la actividad vital, interviniendo en
los procesos metabólicos más allá de la medida normal. En la tos convul-
soria y sus funciones. En las enfermedades acompañadas por una im-
portante hinchazón linfática y glandular, se produce una reanudación de
la actividad vital. En la varicela, las ampollitas llenas de líquido albergan

sustancia propia del cuerpo, que ha de ser expulsada del ámbito vital. Aquí se modifica la forma física a partir de la formación de ampollitas, hasta que aparecen las pequeñas cicatrices mencionadas. Con ello la orientación de los síntomas patológicos apunta más hacia afuera —la enfermedad aparece sobre la piel— o más hacia adentro — se manifiesta en la sangre o se producen perturbaciones orgánicas individuales. Esta diferencia resalta más marcadamente en la comparación entre la viruela maligna, hoy en día extinguida, y la difteria.

En la varicela, luego de un breve período agudo, altamente febril, desde la cabeza hasta las plantas de los pies aparecen —extendiéndose rápidamente— ampollas llenas de líquido o de pus. En combinación con dermatogias, esto pronto significa la total destrucción del organismo, vale decir su muerte. De otro tipo —aunque de similar peligrosidad— es la forma manifiesta de la difteria. La piel externa se encuentra más bien pálida; la fiebre no tan elevada indica la debilidad de la defensa. La garganta se presenta hinchada desde adentro y una ojeada a la faringe permite observar que allí se encuentra localizado el enrojecimiento y los incipientes exudados blanquecinos de las amígdalas, similiares a membranas. El pulso es acelerado y blando. También están afectados la circulación y el corazón. La impresión general es la de una intoxicación grave.

En comparación con estos cuadros clínicos contradictorios, el sarampión tiene una tendencia más bien similar a la varicela, ya que se manifiesta más en el ámbito de las vías respiratorias y de la piel, vale decir hacia afuera. El caso típico de la escarlatina, por el contrario, presenta un cuadro más parecido al de la difteria, ya que como ésta, también puede afectar los órganos internos. En la rubéola, la sintomatología patológica queda totalmente limitada a la hinchazón de los ganglios linfáticos y una erupción cutánea en forma de manchas, similar a la del sarampión. En la mononucleosis infecciosa, el acento vuelve a residir más en la participación orgánica, aunque menos sería que en la escarlatina manifiesta o la difteria.

En contraposición con la viruela maligna, la varicela, es una enfermedad inocua. Pero ambas tienen en común la apertura de una brecha en la continuidad de la forma externa del cuerpo. Similar es lo que ocurre en la estomatitis ulcerosa, que por lo general se limita exclusivamente a la mucosa bucal. Pero también es cierto que tiene una secuela benigna aunque molesta que vuelve una y otra vez durante toda la vida, en forma de herpes labial.

Todo enfrentamiento con una enfermedad de este tipo constituye unilateridad que incita a la actividad del Yo a reordenar el obrar conjunto de los cuerpos suprasensibles. Si sólo se observan los "agentes patógenos", considerando su aparición como el origen de la enfermedad y su desaparición como su curación, se abren algunos interrogantes: ¿Qué relación tiene la enfermedad con la esencia de precisamente este individuo? ¿Por qué afecta así justamente sólo a él y a otro no o de manera totalmente diferente? ¿Qué relación tiene el agente patógeno con la esencia de la enfermedad? Aun conociendo al agente patógeno, nadie puede juzgar cómo será la evolución de la enfermedad y qué persona la ha de contraer. Al contemplar más detenidamente la anamnesis (historia clínica) de distintos individuos, se observará que ninguna es igual a otra. Uno ha padecido sarampión muy intensamente y la escarlatina en forma leve, el otro al revés. Uno no contrae tos convulsa, el otro nunca ha tenido papera, etc. Precisamente, el recurrir de un modo individual a las posibilidades de enfermar queda en evidencia algo de la esencia del respectivo individuo, que por lo general pasa inadvertido.

Sólo queda por ver de qué modo nace una predisposición específica a determinada enfermedad. R. Steiner ha investigado esta cuestión desde el punto de vista de la ciencia espiritual antropológica. Quisiéramos esbozar dos de los resultados de estas investigaciones, que conciernen al ejemplo de la varicela y por el otro lado el de la difteria, como formas patológicas polares.

En la bibliografía citada al final de este capítulo, Rudolf Steiner describe cómo en la muerte el Yo se despoja de su cuerpo físico, y cómo entonces en los tres primeros días y noches (durante los cuales en algunos lugares se "veía" al difunto) se desprende lentamente el cuerpo vital. Como este abarca la forma temporal durante la totalidad de la biografía, desde el vientre materno hasta el último aliento, siendo de naturaleza ideal (como párese con pág. 261), el Yo vivencia su desprendimiento como una gran diosa retrospectión sobre la totalidad de la vida terrenal. En cierto modo se encuentra frente a una imagen evocativa que una vez más le vuelve a presentar cada detalle de su biografía. Este desprendimiento del cuerpo vital concluye al cabo de los citados tres días y noches, y se vuelve a repetir de igual manera en el mundo de los pensamientos, así como las materias del cuerpo físico se reintegran en la totalidad de la tierra material. A continuación se produce el desprendimiento del cuerpo anímico, que du-

rante la parte de un pro
parte d
diente
do de
nes rel
como
que ha
misma
experi
bre qu
tificad
la "leg
sacion
exper
zación
consti
próxi
to co
una y
la po
cias y
tiene
meda
demá
la m
esa c
deser
ser. I
con
ficies
nes
se ce
Grab
to p
tura
sens

ranie la vida terrenal había actuado dentro del organismo aéreo. Este es un proceso más prolongado, que abarca aproximadamente una tercera parte de la duración total de la vida del respectivo individuo, correspondiente al tiempo en que no estaba despierto sino que dormía. Ese período de vida posterior a la muerte es caracterizada en diferentes revelaciones religiosas y obras literarias como período de purificación o también como "purgatorio". Aquí el Yo vuelve a vivenciar una vez más todo lo que ha pasado anímicamente durante su vida. Pero esto no ocurre de la misma manera como sucedió en vida, sino de modo tal, que el Yo debe experimentar todo aquello que los demás han vivenciado ante él: un hombre que por ejemplo había desearascado públicamente a otro con justificada ira, ahora —después de su muerte— no revivirá su satisfacción y la "legitimidad" de su ira, sino que conocerá en todos sus detalles las sensaciones que había percibido el otro durante aquel acontecimiento. Las experiencias del período de purificación no sólo sirven para una objetivización de vivencias anímicas pasadas, sino que al mismo tiempo también constituyen el punto de partida para los designios providenciales en la próxima vida terrenal. Si por ignorar el contexto global se ha sido injusto con alguien, en ese momento el Yo se propone equilibrar este acto en una vida futura. Incluye en la totalidad de sus designios providenciales la posibilidad de reencontrar a este hombre en determinadas circunstancias y hacerle algún bien. Este tipo de formación del destino también tiene sus consecuencias para las futuras predisposiciones ante las enfermedades. Por ejemplo si un hombre ha vivido su vida pasando junto a los demás hombres y objetos de manera mayormente insensible, después de la muerte percibe esto como una carencia. Entonces experimenta cómo esa conducta suya ha incidido sobre los demás hombres y qué dolores ha desencadenado en ellos. Esta experiencia se graba profundamente en su ser. En vida había tenido motivos para su retraimiento. Ahora le aparecen con un nuevo enfoque. Los observa objetivamente, viendo el carácter ficticio y limitado de su egocéntrica perspectiva "terrenal". Las tradiciones religiosas aquí también hablan de un "juicio" que puede interpretarse como un enfoque "correcto". Esta nueva comprensión es la que queda grabada y que en el camino ulterior entre la muerte y un nuevo nacimiento puede conducir a cierta predisposición hacia la enfermedad en una futura vida terrenal. En el caso de insensibilidad manifiesta, el individuo será sensibilizado para contagiarse por el virus de la viruela. Entonces la enfer-

medad misma aparece en la vida como lucha para vencer una vivencia en lateral anterior. El proceso de desintegración corporal provocado por la viruela, representa algo así como un "querer salir de sí mismo". De esa manera se vence a nivel corporal una insensibilidad anterior, y el Yo quiere la fuerza para entrar en una nueva relación alterna con su entorno. Si el hombre muere en el enfrentamiento con esta enfermedad, el Yo de pondrá de esta fuerza para la próxima vida. Aquí la curación reside en la vivencia y el padecimiento de la enfermedad misma y en la liberación del Yo de la maraña de unilateralidades que le hubieran hecho imposible el desarrollo ulterior. Esta ventaja es independiente de la duración del período de vida que le queda por vivir.

Con respecto a la difteria, Rudolf Steiner señala cómo una vida intesamente influenciada por afectos y emociones, ahora conduce a una predisposición a ciertas enfermedades, en la que el enfrentamiento con la enfermedad se traslada totalmente al interior del cuerpo. Como si las fuerzas que antes en los afectos se descargaban demasiado hacia afuera, ahora se estancaran en el interior y debieran ser vencidas allí mismo. También aquí, al final de la lucha se encuentra la curación, aun cuando el respectivo individuo pueda hacer entrar en acción las nuevas posibilidades adquiridas recién en una vida terrenal futura. Precisamente enfermedades tan trascendentes y determinantes del destino, como lo son la difteria y la viruela maligna, aparecen entonces como resultados de una decisión prenatal propia.

Algo similar, aunque no tan trascendental, es lo que ocurre con la predisposición a determinadas enfermedades infantiles. A través de éstas, la tura de sus cuerpos suprasensibles y hacer del cuerpo una mejor expresión de su propia voluntad, sino que al mismo tiempo también representan la posibilidad de hacer una experiencia y vencer algo que había quedado como remanente no superado durante una vida anterior.

Tales pensamientos ayudarán a los padres a asistir a su hijo de otra manera en el enfrentamiento con la enfermedad. Este enfoque de la enfermedad corresponde a aquel que encontramos en el Nuevo Testamento a partir de numerosos relatos de curaciones. Para finalizar nuestras reflexiones sobre el sentido de las enfermedades infantiles, quisieramos repicar lo antedicho más detenidamente:

Hemos llamado "sano" al hombre que puede enfrentar los aconteci-

Vivencia, un
ocado por la
No". De esa
Y el Yo al
su entorno.
1, el Yo dis
reside en la
eración de
n posible su
del perfo.

vida inten
a una pre
to con la
si las fuer
erá, ahora
También
respeti-
os así ad-
medades
liferia y
sión pre-
n la pre-
stas, tal
estruc-
presión
ntan la
do co-

a ma-
enfer-
mento
as re-
s ex-
teci-

mientos del mundo lleno de interés y abiertamente; el que es capaz de tomar parte de sus problemas, y el que dentro del marco de sus posibilidades pugna por una solución digna del hombre. Frente a esta, observamos dos posibilidades de aberración: el hombre que se retrae cada vez más del mundo, que comienza a cavilar y cree poder encontrar sólo dentro de sí mismo la única verdad para cambiar el mundo; por el otro lado, el hombre que queda esclavizado totalmente por el ajetreo de la vida cotidiana, que se niega a sí mismo en forma creciente y es impulsado por los acontecimientos como una hoja en la tormenta. Quien se considera a sí mismo como norma para todas las cosas, pierde la cohesión con todo el medio social. Quien se entrega demasiado a este, pierde la capacidad de discernimiento y seguridad interior. Aquí ha quedado desequilibrado lo que pertenece a las características positivas del Yo, por un lado como capacidad de entrega, y como perseverancia interior por el otro. Pero el hecho de que el Yo pueda servirse libremente de sus posibilidades según la situación dada, es parte de la salud. Schiller definía este manípulo elástico del Yo con sus facultades como "juego". Por lo tanto, sólo podemos hablar de enfermedad a partir del momento en que el Yo se escace de sí mismo o se contraiga tanto en sí mismo que ya no sea capaz de revertir esta circunstancia por sus propias fuerzas, en que ya esté perturbada su relación con el mundo de manera que no pueda tomarse en serio ni respetarse a sí mismo ni al mundo. Dicho de otra manera: tanto el Yo que se expone a sí mismo, como también el que se retrae con egoísmo, han perdido la capacidad de amar. Porque en la capacidad de amar se fundamenta la salud del Yo: por un lado en la facultad de comprometerse con interés en las necesidades del mundo y permitir que los hombres y acontecimientos del entorno vivan dentro de su propia alma; y por el otro lado en la capacidad de contenerse y permitir que los demás hombres se liberen. Tal relación portadora de amor hacia el entorno, por un lado es un signo de salud anímica y corporal, y por el otro constituye la meta del desarrollo del hombre en sí.

El Cristianismo en su quintaesencia ha definido precisamente esta meta como su "nuevo mandamiento" (S. Juan 13, 34). Las innumerables posibilidades de enfermedad y aberración a las que estamos expuestos, demuestran cuán difícil resulta cumplirlo y cuán largo es el camino hasta alcanzar esa meta. El alma oscila permanentemente entre los peligros del egoísmo y la abnegación moral, abocada a la búsqueda de su carácter hu-

mano. Es posible percibir este hecho como una especie de fatalidad que el hombre está expuesto; como también puede formularse el interrogante: ¿Hasta qué punto se puede responsabilizar a un hombre por sus acciones? ¿No será que debemos ser y actuar de acuerdo con lo que somos? ¿Quién puede cambiar su forma de ser? Aquí el interrogante sobre la libertad humana vuelve a ocupar el primerísimo plano. Resulta muy fácil imputar la culpa por la propia incapacidad y sus problemas a las circunstancias, las condiciones físicas o a los demás hombres, a cualquiera menos a sí mismo.

Por el otro lado, se requiere valentía para hacerse cargo de sus actos y de todo su "modo de ser" y responder por todas las consecuencias de su conducta hasta más allá de la muerte. Tal decisión cada uno la puede tomar solamente por sí mismo. No se la puede aliviar nadie; en este sentido es totalmente libre. Pero si observamos la gran cantidad de relatos que en el Nuevo Testamento tratan de curaciones, notamos que la lucha por esta decisión juega aquí un papel determinante. Así es que Jesús preguntó: "¿Quieres sanar?" o "¿Qué es lo que quieres que yo te haga?" Evidentemente no depende de que El sólo vea la enfermedad de un hombre y la quite como por encanto o la reprima, sino de que el propio enfermo esté dispuesto a emprender algo para modificar su situación. El impulso para ello lo recibirá de la toma de conciencia de que él mismo también es responsable por su situación y por lo tanto también la verdadera curación sólo puede producirse a través de su activa voluntad de cambio. En esta realidad también reside la solución de la aparente contradicción entre destino —que siempre se percibe como "necesidad" o "fatalidad"— y libertad. La libertad, considerada como "necesidad" o "fatalidad"— y o dejar de hacer algo, está ligada también a la capacidad individual para hacer o no a su realización. Se refiere más al *manejo* de nuestra capacidad de poder hacer o menos laboriosa. Porque ellas siempre son adquiridas de manera más

¿Quién se encuentra "libre" con respecto a las condiciones en que debe aprender algo? ¿Cuántas no-libertades están relacionadas por ejemplo con la preparación de un examen? ¿Quién ha aprendido a calcular y aprender el cálculo, se ha ampliado el ámbito del Yo. Así también ocurre con toda necesidad providencial. En cierto modo ella sólo produce las condiciones requeridas para adquirir determinada

vez adquirida, el Yo ha conseguido un nuevo grado de libertad, que lo hace humanamente más rico y completo. Por lo tanto, la libertad individual presupone "necesidades individuales", vale decir un destino personal. Reconocer esta verdad constituye el objetivo central del Cristianismo, cuya sustancia puede resumirse en el foco de interés de ambos ideales: libertad y amor.

Quien toma conciencia de que cada niño que nace trae consigo su destino, sus planes individuales de aprendizaje, desarrollará una actitud serena de vida, plena de confianza. Este individuo hará todo para ayudar a su hijo en sus procesos de aprendizaje y no intentará impedirlos.

Bibliografía:

- Bock, Emil: "Wiederholte Erdenleben. Die Wiederkörperungs-idee in der deutschen Geistesgeschichte" (Vidas terrenales repetidas. La idea de la reencarnación en la historia espiritual alemana), Stuttgart 1975.
- Hertl, M.: "Kinderheilkunde und Kinderkrankenpflege für Schwestern" (Pediatría y asistencia del niño enfermo para enfermeras), Stuttgart 1979.
- W. Holzapfel: "Krankheitsepochen der Kindheit" (Enfermedades características de la niñez), Stuttgart 1984. Trad. esp.: México, Editorial Antroposófica, 1981, 3ª ed.
- Poppelbaum, Hermann: "Mensch und Tier" (Hombre y animal), 7ª ed., Dornach 1975. Trad. esp.: México, Editorial Antroposófica, 1969.
- Rittelmeyer, Friedrich: "Wiederkörperung" (Reencarnación), Stuttgart 1931, Vergriffen.
- Schad, Wolfgang: "Säugetiere und Mensch. Zur Gestaltbiologie vom Gesichtspunkt der Dreigliederung" (Mamíferos y hombre. La biología de la figura desde el punto de vista de la estructuración ternaria), Stuttgart 1982.
- Steiner, Rudolf: "Reinkarnation und Karma — Wie Karma wirkt" (Reencarnación y Karma — Cómo obra el Karma), Dos artículos del año 1903, Dornach 1978. Trad. esp.: Buenos Aires, Epidauro Editora, 1990.
- Steiner, Rudolf: "Die Offenbarungen des Karma" (Las manifestaciones del Karma), Dornach 1975, N° 120 de la Edición completa. Trad. esp.: Buenos Aires, Editorial Kier, 1982.
- Steiner, Rudolf: "Theosophie" (Teosofía), Dornach 1973, N° 9 de la Edición completa. Trad. esp.: Buenos Aires, Epidauro Editora, 1988.
- Wachsmuth, Günther: "Reinkarnation" (Reencarnación), 2ª ed., Dornach 1983.